



KIKE CORELLA

Ciudad neutral

Barcelona, 1918. La ciudad, que abastece a los contendientes de la lejana guerra europea, es azotada por una letal epidemia de gripe. Una mañana, el director de la sala de infecciosos del Hospital de la Santa Cruz aparece muerto: todo apunta a un suicidio...



Ciudad neutral

KIKE CORELLA

Ciudad neutral

NOVELA



ALMUZARA

© KIKE CORELLA, 2025
© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Autor representado por Antonia Kerrigan Agencia literaria

Primera edición: mayo de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN TAPA NEGRA

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/ 8, Nave L2, n.º 3. 14005, Córdoba

Imprime: Black Print
ISBN: 978-84-10527-50-8
Depósito legal: CO-802-2025
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Para Diana



1

«Luis Forcada falleció a la temprana edad de treinta y dos años». «José Soler ha subido al cielo a los dos años». «Pilar Berenguer ha muerto en Barcelona a los treinta años de edad». «Andreu Martínez ha fallecido recibiendo los santos sacramentos a la edad de veintiséis años». Como cada mañana, pasé las primeras páginas del diario con rapidez, quizás pensando que aquello haría desaparecer el problema, que todo pasaría tan deprisa como lo hacía yo con aquellas hojas rebosantes de dolor y muerte. La gripe de aquel otoño de 1918 había colocado una soga invisible en el cuello de cada joven habitante de esta ciudad. Uno pasaba los días entretenido en sus cosas, ajeno a lo que sucedía en hospitales y fosas comunes, pero al mismo tiempo temiendo escuchar ese estruendo de la trampilla abriéndose bajo nuestros pies. Vivíamos en aquel cadalso hacía ya un tiempo y desde él aguardábamos el resultado de una rifa que ya había condenado a demasiados.

—¿Ya se ha enterado de la noticia? —me preguntó Pavía encaramándose sobre la cabecera de *El Día Gráfico*.

—¿Ha ganado ya la guerra Alemania? —respondí mirando por encima de *La Vanguardia*.

—Muy gracioso, Hernández, muy gracioso. —Cerró el ejemplar y me lo lanzó para que viese la portada—. Bulgaria ya ha firmado el armisticio. ¿No lo ha leído aún?

—No había pasado de las esquelas —dije mirando aquella imagen en la que aparecían los generales Franchet d'Espèrey y

Charpy firmando la paz— ¿Cómo diantres consiguen las fotografías tan rápido? —pregunté.

Él se levantó con la taza de té en la mano, cogió su cajita metálica de rapé y se dirigió al colgador de madera que había en la salita.

—Ya sabe que por eso me gusta esta publicación, por sus imágenes.

—¿Ah, sí, jefe? Pensaba que era por ser conservadora y germanófila.

—Le he dicho mil veces que no me llame «jefe».

Pavía resopló antes de enfundarse la levita gris, me miró y se caló con delicadeza el sombrero fedora sobre los escasos cabellos canos que todavía permanecían atrincherados en su cabeza.

—¡Vamos, nos espera un cadáver!

Dejé mi taza sobre la mesa y me levanté.

—Tranquilo, inspector, que este no se nos escapa.

Pavía me tiró la chaqueta.

—A veces me resulta cansino, Hernández. —Hizo una breve pausa—. Y le recuerdo que soy comisario, mi querido inspector de segunda.

No lograba acostumbrarme a su nuevo cargo. Después de nueve años dirigiéndome a él como inspector, me era difícil recordar sus nuevas funciones como comisario en jefe del cuerpo de vigilancia. Quizás fuese porque desde el ascenso no había cambiado nada entre nosotros. Los dos seguíamos acudiendo cada mañana a la delegación de la calle Ortigosa en el distrito segundo de la ciudad de Barcelona. Los dos seguíamos manteniendo una relación más o menos cercana y tan cordial como siempre.

El encarcelamiento, unos meses atrás, de gran parte de la cúpula del cuerpo, como consecuencia de una trama de espionaje alemán, había obligado a reestructurar el organigrama de la Policía Gubernativa.

Caminamos los cien metros que separaban la comisaría del mar de adoquín que era la plaza de Urquinaona. Pronto empezamos a escuchar a los chavales vociferar las cabeceras y los titulares de los distintos periódicos. Los transeúntes con más prisa trataban de esquivarlos, los más sosegados se acercaban para adquirir un ejemplar. El olor a gasolina y aceite quemado de los

coches producía algo más que arcadas; producía una falsa sensación de progreso.

A nuestra izquierda dejamos las obras de los nuevos urinarios subterráneos y nos dispusimos a atravesar la ronda de San Pedro.

—¡Cuidado!

Un poderoso rugido nos hizo dar un respingo. Esquivamos a un automóvil que adelantaba a toda velocidad a un carro arrastrado por un caballo, alegoría de la Barcelona de dos velocidades. Nuestro sobresaltado vaivén obligó a frenar a uno de los tranvías que circulaba por en medio de la calzada ante la indiferencia de los peatones. Aquellos conductores —los hombres de Foronda— salvaban vidas a diario y, aun así, el pobre director de los tranvías, junto con toda su familia, eran las personas más recordadas de toda Barcelona: cuando llovía, había un retraso, una fatalidad o una revuelta o también si subía la harina o el aceite. Fuese cual fuese el contratiempo, fuese lo que fuese lo que sucediese en la ciudad, el señor marqués de Foronda cargaría con las culpas. Eso lo convertía en una auténtica celebridad urbana.

Los más viejos del lugar decían que un día había habido arena bajo aquellos adoquines. Tierra debajo de la plaza de Urquinaona. Eso sí que era algo difícil de imaginar, incluso si uno ponía todo su empeño. Yo siempre había pensado que mentían. Aquello no era posible. No había lugar en la ciudad más urbanizado y transitado que aquellos dos triángulos isósceles concatenados y atravesados por la ronda.

Nos detuvimos frente a la casa del marqués de Sentmenat, donde paraba el número 46, el tranvía de Horta, que ya se acercaba. La casa del noble —que era en realidad todo un edificio— pertenecía a ese abominable estilo al que conocíamos como «moderno».

Pavía me miró mientras protegía su sombrero de la corriente de aire que había producido el coche al pasar frente a nosotros. Alzó la voz por encima del ruido.

—¿Sabe? He leído que a partir de hoy cierran las escuelas por la gripe.

Gané tiempo frotándome el bigote con el pulgar.

—Así es.

—¿Y cómo se lo ha tomado su mujer?

Miré hacia un punto indeterminado de una nube indeterminada.

—Pues le tocará cargar con Luisito todo el día —respondí su-
biendo con decisión al tranvía.

Hasta entonces creía que las noticias sobre la guerra habrían enmascarado las del cierre de las escuelas, pero no había sido así. Me odiaba cada vez que le ocultaba la verdad. Llevaba cuarenta y nueve días tratando de evitar cualquier tipo de conversación en la que pudiese aparecer de alguna manera mi esposa Dolors. Eran los mismos cuarenta y nueve días que ella llevaba ingresada en un sanatorio mental cerca de las montañas del Montseny. Los cuarenta y nueve días más largos de mi vida.

En el tranvía abundaban las mascarillas que ocultaban los rostros de unos viajeros cada vez más atemorizados por la epidemia reinante. No tardamos en ver frente a nosotros el Hospital de la Santa Cruz. Un majestuoso templo dedicado a la medicina en unos años donde tan solo los pobres acudían a los hospitales.

Era martes, primero de octubre, y el ritmo en el vestíbulo era frenético debido al mal que nos asolaba. Aquel había sido el primer día en que una nota en *La Vanguardia* asociaba a la enfermedad de la gripe el gentilicio de «española»: «Estocolmo, 30.— Los teatros de las provincias suecas han tenido que cerrar sus puertas a causa de la gripe española». Punto. Los suecos, que acababan de perder a su príncipe a causa de la dolencia, se encontraban muy afectados. También lo estaban en el resto de los países de Europa, e incluso de América, pero como la mayor parte seguían en guerra preferían no cargar más preocupaciones sobre las espaldas de sus soldados. Así que mentían. Ocultaban el reguero de muertos que estaba dejando la gripe. Para todos aquellos lugares, la epidemia era algo que sucedía bien lejos; casual y exclusivamente, en los países neutrales, como era el caso de España.

Entre el trajín distinguimos a un bedel que destacaba entre el resto del personal sanitario más por su parsimonia y su mirada cansada que por su joroba. Enfermeras, camilleros, practicantes y médicos caminaban con tal decisión en sus pies y preocupación en sus rostros, que ni siquiera por un muerto nos atrevimos a interrumpirles.

—Disculpe, ¿el pabellón de San Rafael? —pregunté.

El hombre nos señaló con el dedo una gran cristalera tras la que se veía la zona ajardinada.

—Todo recto y, antes de llegar a la casa de operaciones, a la derecha.

Pavía me miró confuso, así que insistí.

—¿La casa de operaciones?

El bedel resopló.

—El pabellón central, el que está en medio. Cuando lo vean, a la derecha. —Se dio media vuelta y se arrastró encorvado de vuelta hacia su mostrador de madera.

—¡Gracias! —grité.

El comisario miraba a su alrededor como quien observa una obra de arte: las dos amplias escalinatas laterales, las columnas ornamentadas, los techos altos y abovedados...

—¿Le gusta?

—Me abruma tanta belleza —respondió—. ¿Y a usted?

—A mí me aburre y me cansa.

Me miró de reojo mientras mis vísceras craneales reían.

—Pues a mí me parece muy moderno, Hernández, qué quiere que le diga.

Salimos del vestíbulo por la puerta acristalada. La casa de operaciones estaba a unos cien metros de nuestras narices. El ir y venir de personal con guantes y mascarillas continuaba.

—Debe ser por eso que lo llaman moderno. Ahora resulta que lo antiguo es moderno. Esto es barroco.

—Venga, dese prisa, son casi las nueve. —Apretó el paso—. Además, no sé de qué habla, si usted no tiene ni idea de arte ni de arquitectura.

—Usted sí que sabe, señor.

Pavía sonrió.

Llegamos al pabellón de San Rafael con los zapatos enharinados por la tierra de aquel inmenso parque que daba acceso a todos los edificios del complejo. Olía a nuevo, se había estrenado poco antes del verano. En periodos de normalidad, cada uno de aquellos pabellones —y debía haber ya como unos diez construidos— tenía una especialidad propia. Ahora todos ellos se dedicaban en exclusiva a los enfermos de gripe y el de San Rafael era el más importante. Allí se encontraba la denomina-

da «sala de fiebres infecciosas», cuyo director había aparecido muerto mientras descansaba en su despacho.

Ya en el interior —del mismo estilo moderno que el resto del hospital— se sucedían las camas, una junto a la otra. Lo hacían arrimadas a las dos paredes laterales y a lo largo de toda la sala. Entre las dos hileras había un amplio espacio para que el personal pudiese moverse con comodidad y donde había instalados unos alambicados sistemas de calefacción por agua caliente. El repertorio de toses y lamentos me martilleaba la cabeza. No creo que exagerase si dijera que allí dentro podía haber unas sesenta camas. Sesenta almas, algunas de ellas coqueteando con la muerte.

—¿Agentes? Los estábamos esperando. —La enfermera, con una sonrisa forzada, se acomodó la mascarilla con sus manos enguantadas—. El juez está en la salita, síganme, caballeros.

Sin siquiera tiempo para presentarnos, la mujer, de poco menos de treinta años, puso rumbo de forma enérgica hacia el otro extremo de la alargada sala. Así que la seguimos. Pavía lo hizo sin dejar de observar los azulejos de colores de las paredes y yo sin apartar la mirada de las generosas caderas de nuestra guía.

A nuestro alrededor, los pechos crepitantes de los internos ahogaban el sonido de nuestros pasos. El aroma de la quinina se disimulaba tras el tufo del resto de los tratamientos químicos.

Al llegar al final de la sala cruzamos un umbral de madera que daba paso a otra estancia. La enfermera se detuvo un instante y entonces me fijé mejor en la profundidad de sus ojos de color miel y en la delicadeza de sus cabellos castaños. No era una belleza pero tenía algo de seductor. Llevaba demasiados días alejado de Dolors.

—Por aquí —dijo señalando unas escaleras de caracol.

A través de ellas descendimos a otro espacio de similares dimensiones a las de la planta superior.

—Aquí está. Si me disculpan voy a avisar de que ya han llegado.

La enfermera abrió una puerta acristalada por la parte superior para dejar pasar la luz y desapareció en otra nave alargada repleta de enfermos. En el interior de la salita donde nos encontrábamos ahora había un banco de madera en el que aguardaba sentado el señor juez.

—¡Don Beltrán! —exclamó Pavía—. Dichosos los ojos. ¿Cómo se encuentra?

El juez, que ya sobrepasaba los sesenta años, se puso en pie con notable esfuerzo de sus rodillas.

—Mejor, don Eloy, mejor. Lo peor ya ha pasado.

El magistrado hacía referencia a su reciente enfermedad. La gripe le había mantenido en el dique seco durante todo el mes de septiembre, pero allí estaba para contarlo.

La enfermera regresó y se aproximó a la puerta blanca que daba acceso al despacho del director. La señaló con la mano.

—Usted debe de ser la señorita Leonor, ¿me equivoco? —pregunté.

—Señora —respondió con una sonrisa indecisa—. Y no, no se equivoca.

—¿Encontró usted el cuerpo?

Don Beltrán se aproximó también a la puerta blanca e irrumpió en la conversación sin dejar que ella respondiera.

—Así es. Doña Leonor dio el aviso a la comisaría del distrito noveno. Ellos me alertaron a mí y yo exigí su inmediata asistencia.

—¿Empezamos entonces? —preguntó el comisario frotándose las manos con garbo.

—Vamos allá.

2

Tras aquella puerta se ocultaba una escena desagradable que la joven enfermera prefirió no volver a contemplar. Arguyó que ya lo había pasado bastante mal al encender la luz y encontrarse tieso a su jefe. Esa imagen no se le borraría de la cabeza en años, decía. No hizo falta, entonces, pedirle que aguardase fuera unos instantes.

Accedimos a una estancia pequeña y austera. La claridad eléctrica acentuaba la intensidad del blanco de las paredes, salpicadas por nuestras sombras alargadas. La bombilla parpadeaba emitiendo unos zumbidos intermitentes. La única contraventana que había estaba cerrada, así que el fuerte olor a medicina encerrado en aquel despacho inundó mi pituitaria hasta producirme una desagradable sensación de aprensión. Nadie habló: casi se podía escuchar el traqueteo de nuestros corazones. Encima del escritorio de madera oscura había un gran crucifijo y, en la misma pared, una pequeña biblioteca con algunos libros de medicina. Junto a ella se erguía la reproducción de un esqueleto a escala real. A su lado, un catre. Una sencilla cama donde reposaba el cuerpo sin vida de un varón. Estaba enfundado en una bata blanca y su rostro se escondía tras una siniestra máscara negra de nariz aguileña.

—Cielo santo.

El juez don Beltrán se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente. Sus sonrosadas mejillas habían palidecido.

—¿Se encuentra bien, don Beltrán? —se interesó el comisario.

El magistrado asintió con la cabeza.

—¿No es un tanto siniestro? —preguntó situándose bajo la luz que pendía del techo.

Pavía se encogió de hombros, se puso los guantes y se acuclilló situando los ojos a la altura de los del cadáver. Debía empezar con la inspección ocular, aunque por su posición pareciese más bien olfativa. Yo saqué mi cuaderno y mi inseparable estilográfica Parker. Aquella maldita bombilla centelleaba tanto que hacía que me doliesen los ojos. Además, el ángulo hacía relucir el blanco de las paredes pero no iluminaba mis notas, así que me acerqué al escritorio y encendí una pequeña lamparita tratando de no tocar ninguna otra cosa más que después pudiese servir como prueba. Debíamos mantener la zona lo menos contaminada posible. Órdenes de Pavía.

—¿Qué opina? —pregunté a Pavía, que volvía a erguirse.

—Opino que apesta a algo que no sé qué es. Todos los olores de este lugar me tienen confundido.

El juez carraspeó.

—Disculpen, yo debería ir volviendo al juzgado. Si no les importa, procederemos ya a quitarle la máscara para confirmar que se trata del doctor Von Vereiter. ¿Les parece?

El comisario asintió con la cabeza.

—Enrique, haga pasar a la enfermera, por favor.

Salí a la salita para avisar a la señora Leonor. En aquel momento me extrañó que el cuerpo de seguridad no hubiese llegado todavía para colaborar con las tareas necesarias en aquellos casos: transportar y custodiar lo que fuese menester, incluido el cuerpo.

La enfermera entró en la habitación y procedimos a desmascarar aquel rostro. Pavía se puso esta vez de rodillas delante del cuerpo como si rogase por su alma y llevó sus manos hacia los extremos de aquella especie de máscara mortuoria. El juez, la enfermera y yo nos mantuvimos expectantes en un segundo plano. El comisario tiró de ambos lados y la cabeza del difunto se bamboleó con un leve y siniestro movimiento. No había podido sacarla, pues estaba sujeta por algún lugar, de manera que tuvo que poner las manos bajo la nuca del cadáver para poder deshacer la atadura y liberar la careta. Lo hizo poco a poco, como si temiese desfigurar aquel rostro, o peor todavía, como si temiese que ya estuviera así.

—¡Virgen Santa! —exclamó la enfermera volviendo la cara hacia la biblioteca para no tener que soportar la mirada muerta de quien había sido su director.

El hombre tenía los ojos abiertos como una lechuza y su lengua azulada se había hinchado de tal forma que había logrado abrirse hueco entre los labios. Parecía que fuese a vomitar. Los cabellos morenos estaban despeinados, así que debía llevar un buen rato durmiendo antes de que Caronte llegase a por su alma.

Doña Leonor confirmó la identidad del sujeto: se trataba del doctor Valentín von Vereiter, varón de treinta y siete años de edad. Un metro y ochenta centímetros de estatura. Compleción fuerte, unos ochenta kilos. Mentón afilado. Aire marcial. Muerto.

Escuché el tamborileo de una legión de botas aproximándose a la estancia. Eran los miembros del cuerpo de seguridad, acompañados por un señor achaparrado y calvo que vestía traje y mantenía el equilibrio apoyado en un elegante bastón negro.

—Vaya, vaya. Don Eloy Pavía, el legendario investigador.

Al verle, el comisario arrugó la mejilla izquierda.

—Vaya... ¿Qué hace usted aquí?

El hombre se plantó en mitad de la habitación, cruzó una pierna frente la otra y se apoyó en su cayado de empuñadura plateada.

—Vamos, inspector, ya sabe que estoy a cargo de los servicios especiales.

Pavía frunció el ceño y se acercó a él.

—Le repito: ¿qué hace usted aquí? —le dijo, esta vez más lentamente.

El hombre dio un paso atrás.

—Venía a pedirles discreción en este asunto, pero veo que...

—¿Por qué? —preguntó Pavía con impaciencia.

El hombre se retorció el bigote, esforzándose en parecer pensativo.

—Digamos que el padre del doctor Von Vereiter es una persona importante a quien sería mejor no incomodar, especialmente después de perder a su hijo. —Extendió los brazos con un gesto enérgico—. En fin, por eso he acudido con tal celeridad, pero por lo que veo ahora, se trata de un evidente caso de suicidio. No creo que vayan a tener problema en guardar discreción.

El comisario ignoró durante algunos segundos el comentario del jefe de los servicios especiales y se volvió, frotándose la barbilla, hacia el cuerpo inerte del director de la sala.

—Interesante, interesante. Así que un suicidio. Puede ser, puede ser. —Levantó las cejas—. Pero ¿sabe usted cómo ha sucedido? Quizás su señoría pueda arrojar luz sobre este asunto, porque mi colega y yo no vemos cómo.

El altivo hombrecillo se encaró desde las bajuras con el comisario.

—Muy sencillo. Se envenenó, por eso no puede ver ninguna señal de violencia.

Yo seguía junto al juez, atento a aquel enfrentamiento.

—Entonces espero que pueda decirme dónde está ese veneno.

El hombre sonrió con sarcasmo.

—Querido Pavía, estoy demasiado ocupado como para perder el tiempo en nimiedades. Usted encárguese de no importunar más de lo necesario al industrial. Le hace las preguntas rutinarias de siempre y se olvida de él. No quiero tener a su brigada revoloteando a su alrededor y que los sindicalistas se confundan pensando que estamos de su lado.

—Veré lo que puedo hacer —respondió Pavía abriéndole la puerta del despacho.

Don Beltrán aprovechó la marcha del jefe de los servicios especiales para retirarse. Al salir se cruzaron con el bueno de Fabregat, que había venido en automóvil desde la delegación cargado con su inseparable artefacto fotográfico.

—¡Con permiso!

—Adelante, Fabregat, le estábamos esperando —dije.

Mientras el fotógrafo forense realizaba todas las tomas necesarias para inmortalizar la escena del crimen, el comisario me explicó que Jacinto Burgos Mestre había sido ascendido como él hacía apenas unos meses, después de la reestructuración del cuerpo llevada a cabo por el recién nombrado inspector jefe de la policía de Barcelona, don Enrique Robles, tras la escandalosa trama de espionaje alemana.

—A mí me pusieron a cargo de la brigada de investigación criminal y a él de la de servicios especiales.

—¿Y qué quiere decir exactamente eso de «servicios especiales»? —pregunté—. Llevo un año oyendo hablar de ello, pero no sé con precisión...

—Eso es precisamente porque no quieren que usted lo sepa —me respondió Pavía mientras inspeccionaba los cajones del escritorio.

Fabregat estaba colocando el trípode a ambos lados de la cama para poder realizar la imprescindible fotografía cenital del cadáver.

—Pero ¿usted sí que lo sabe? —insistí.

El comisario se volvió hacia mí.

—Asuntos varios, Hernández, todo aquello que no está tipificado dentro de los servicios policiales. ¿Me entiende?

—Pero ¿no había sustituido a la sección contra el anarquismo? ¿Qué tienen que ver con eso?

—Al parecer, amigo, para perseguir ahora al anarquismo hay que hacer «cosas especiales» —sentenció críptico.

Asentí. Sabía que la policía llevaba años dividida: no nos fiábamos los unos de los otros. Aquella situación no tenía nada que ver con la que había en 1909, el año en que entré en el cuerpo. Demasiados años de salarios míseros habían hecho de los miembros del cuerpo mucho más susceptibles a los sobornos y de los obreros mucho más susceptibles a los pagos de la policía. A la amalgama de confidentes integrados en grupos sindicales, expolicías a sueldo trabajando para la patronal y obreros hambrientos se unía la situación provocada por la guerra europea.

La lucha de la policía y la patronal contra los sindicalistas y los anarquistas hacía ya muchos años que era un conflicto abierto y descarnado. Sin cuartel. Los primeros habían descubierto que la fuerza y el dinero lo eran todo. Sobre todo el dinero, que servía para pagar a infiltrados dentro de los sindicatos, esquiroles a sueldo y pistoleros. Esto había provocado un claro cisma en el movimiento anarcosindicalista de la ciudad, pero la guerra... la guerra había hecho lo mismo con la policía y los empresarios, al dividirlos entre aliadófilos y germanófilos. Nada sucedía por casualidad. Durante la detención de la cúpula policial se encontraron mandos que trabajaban para los alemanes, pero también otros que lo hacían para la Entente. Eso era así.

Al acabar con la inspección, anoté todos los detalles de la escena en mi cuaderno. No había signos de violencia visibles ni pinchazos aparentes en el cuerpo. Habría que esperar a la autopsia para tener la certeza sobre los daños físicos y la información toxicológica. También se intentarían encontrar huellas dactilares o de pisadas en la habitación.

En la estancia no había objetos sospechosos ni tampoco medicamentos con los que poder envenenarse. De no ser por la siniestra máscara negra hubiera cabido la posibilidad de que se tratase de una muerte natural, de un colapso o un infarto de miocardio; sin embargo, nadie se anticipa a una muerte sobrevenida enmascarándose. Tampoco era posible que se tratase de un antifaz para dormir, pues tenía cavidades para poder observar y no tenía la forma más cómoda posible para conciliar el sueño.

Al salir de la habitación, Pavía me preguntó en voz baja:

—¿Usted sabe lo que representa esta máscara?

3

El comisario se tomó su tiempo para aspirar un poco de rapé. Lo tomó con el dedo y se lo llevó a la nariz. Después me dijo que estaba seguro de que aquella máscara representaba a uno de los personajes de la comedia del arte, un tipo de teatro popular italiano que ya no estaba demasiado en boga. Me explicó que, hacía muchos años, antes de que a su mujer se la llevase la tuberculosis, había ido con ella a ver una obra en la que aparecían toda una serie de personajes enmascarados. Como, por causas obvias, aquello no podía haber sucedido después de 1902, el año en el que enviudó, era imposible que recordase mucho más, había pasado demasiado tiempo. Sin embargo, como hombre de recursos que era, sabía dónde podía recabar más información. Según él, averiguar la simbología de aquel objeto resultaba clave.

Dejamos trabajando en la escena a algunos de los agentes y a Fabregat, que con su trípode y sus kilos de más no cesaba de sacar fotografías. Mientras tanto, nosotros salimos a la salita para hablar con la señora Leonor. La joven aguardaba sentada en una de las sillas. Nos sentamos frente a ella, bajo un gran ventanal que permitía la entrada de luz desde la gran nave donde agonizaban los pacientes.

—Ustedes dirán —se ofreció la mujer.

—Veamos. —Pavía se aclaró la voz—. Según consta, usted dijo a los compañeros del distrito noveno que encontró el cuerpo del doctor Von Vereiter a eso de las... ¿Hernández?

Consulté mi cuaderno.

—A las siete de la mañana.

—Así es —respondió ella—, cuando fui a despertarlo. Después fui hacia el vestíbulo, donde está la centralita.

—Muy bien. ¿Y podría decirnos cuándo le vio con vida por última vez?

La enfermera se quitó los guantes mientras torcía el gesto en un esfuerzo por recordar.

—Eran las cinco en punto de la madrugada.

—Menuda precisión —intervine yo.

La mujer me miró levantando las cejas.

—Me acerqué a darle un vaso de agua a un paciente que no podía dormir. Su cama era la más cercana a esta sala. Desde allí vi que la puerta del despacho del director estaba abierta, así que me acerqué...

—¿Y cómo supo la hora? —preguntó Pavía.

La señora Leonor sonrió mientras dejaba sus guantes en la silla de al lado antes de responder:

—No han inspeccionado bien esta sala. —Y señaló un reloj que había sobre una puerta de madera oscura.

El comisario le devolvió la sonrisa.

—Por supuesto, disculpe. ¿Y esa puerta da al exterior?

—Correcto. Pero siempre está cerrada.

El comisario asintió guturalmente.

—Siga, por favor, la hemos interrumpido, ¿qué vio al acercarse?

La enfermera se atusó los cabellos.

—No vi nada extraño ni tampoco presté demasiada atención. Le vi dormir. Respiraba y no llevaba puesto ese antifaz tan terrorífico. Así que me limité a cerrar la puerta.

Pavía se desabrochó la levita y se acomodó en la silla.

—¿Era normal que el director durmiese aquí?

La joven llenó de aire los carrillos y luego lo dejó escapar con un lento resoplido.

—Desde que llegó esta dichosa gripe, sí. En abril y en mayo ya lo hacía, cuando hubo los primeros enfermos, después con el verano se fue y parecía que la única epidemia que iba a permanecer era la de los morfinómanos. —Me ruboricé al recordar a mi pobre esposa—. Pero, al regresar la gripe con el otoño, el doctor volvió a pasar muchas noches aquí. Cuando lo hacía,

solía encerrarse en su despacho sobre las dos de la madrugada, tomaba una cucharada de veronal y dormía hasta las seis.

Pavía y yo nos miramos.

—¿De veronal? —pregunté.

—Sí, para dormir, ya saben.

—Por supuesto, señora —respondió Pavía—. ¿Y podría decirnos dónde guardaba el doctor ese frasco?

Ella volvió a levantar las cejas.

—¿No lo han encontrado sobre su escritorio?

El comisario negó con la cabeza.

—Entonces no lo sé, agentes. Siempre lo tenía allí encima —dijo señalando el despacho del director.

Pavía se rascó la mejilla.

—¿Cerraba su despacho con llave?

—¡Jamás! —exclamó la joven escandalizada—. Si había una emergencia teníamos que poder entrar y emplearnos a fondo para despertarlo. El veronal le dejaba profundamente dormido. Él siempre bromeaba diciendo que la farmacéutica le había prometido cuatro horas de sueño por cucharada.

—¿Qué farmacéutica? —traté de averiguar.

—La de la farmacia Bermúdez. Justo frente a la entrada principal del hospital, en la calle Coello con Igualdad.

Lo anoté.

El comisario se acodó sobre los muslos y acercó la cara hacia la enfermera.

—Ahora, señora, voy a pedirle que haga un esfuerzo. Tómese el tiempo que crea necesario, pero necesitamos que nos cuente todo cuanto sepa de la vida privada del doctor Von Vereiter. Todo sobre su familia, esposa, amantes, amigos o enemigos, todo lo que recuerde.

La joven respondió al gesto de Pavía relajando los hombros y respirando hondo. La información que nos brindó fue de vital importancia para empezar a formarnos una idea sobre la vida de la víctima. Nos contó que el director era hijo del señor Friedrich Von Vereiter, un prestigioso, acaudalado y poderoso empresario del textil de origen alemán.

La esposa del doctor era una célebre periodista del diario *El Día Gráfico*, doña Rita Ros, que era conocida por su carácter indomable. Había logrado hacerse un lugar en una profesión de

hombres y, para más inri, en un mundo que despreciaba a las mujeres. Ella, en cambio, se sentía orgullosa de serlo y reivindicaba a su sexo siempre que le era posible. Toda la ciudad había leído con fruición sus artículos durante la huelga de las subsistencias, cuando las mujeres del distrito quinto salieron a las calles de Barcelona a reclamar precios justos para los productos de primera necesidad como la harina o el carbón.

No había duda de que el papel de país neutral en la guerra europea había ayudado a desarrollar la economía española. Unas industrias vendían sus productos a los países de la Entente y otras a los alemanes, pero, a fin de cuentas, todo enriquecía al país. Y, como siempre que se enriquece un país, sus habitantes se empobrecen. Paradójico, pero cierto. Las empresas nadaban en la abundancia y las familias no tenían para pagar una hogaza de pan. La explicación era sencilla: la demanda de bienes básicos era tan grande entre los países beligerantes que en España no daba abasto para poder satisfacerla. Conclusión; los productos destinados al mercado interno se vendían a precios desorbitados, pues los empresarios codiciosos —que por entonces eran la práctica totalidad— preferían vender al mejor postor. Obvio. Así que aquí podían vender las cosas al precio que quisieran, pues si no lo pagaba alguien en España, ya lo compraría cualquier otro en el extranjero. Este fue el motivo que llevó al gobierno a constituir la llamada Junta de Subsistencia para pactar los precios máximos de los productos de primera necesidad. Pero muchos de los tenderos, que al fin y al cabo no dejaban de ser pequeños empresarios, utilizaron los carteles de aquellos precios máximos para limpiarse el culo. Por todo esto y más cosas, Amàlia Alegré, una militante del Partido Radical, e infinidad de mujeres más decidieron salir a las calles de la ciudad a reprender a estos comerciantes que desobedecían las leyes y despreciaban sus vidas. Rita Ros estuvo con ellas cada día de sus protestas, convivió con ellas, cubrió todos sus actos e incluso los promovió desde su trinchera de la redacción de *El Día Gráfico*. Era una mujer como había pocas. No porque ellas no quisieran, sino porque no querían que quisiesen.

Sobre los posibles enemigos del doctor, la enfermera no pudo darnos nada que nos fuese de utilidad. Apenas nos habló de un par de discusiones sin demasiada importancia. Una con uno de

los practicantes de la sala llamado Romualdo, que, al parecer, hacía dos días que había acudido a él para solicitar un permiso que le permitiera ausentarse de su puesto y así poder cuidar de su sobrina.

—Faltaba muchas noches, así que supongo que el doctor estaba harto de él.

Ella misma había escuchado, por casualidad, las voces del director y del practicante, provenientes del interior del espacio reservado a la farmacia del hospital. No pudo evitar pegar el oído a la puerta:

—Si vuelve a faltar, no dudaré en denunciarle —decía el doctor.

—Usted sabe que lo necesito —protestó el practicante.

—No, no lo necesita, lo hace porque quiere —zanjó el facultativo.

A pesar de aquella discusión, el señor Romualdo Casas había faltado a su turno la noche anterior, la misma en que se halló al médico muerto, pues solicitamos a Doña Leonor el informe de los presentes y no constaba que hubiese llegado al hospital hasta hacía solo unas pocas horas.

La otra disputa había sido más prolongada en el tiempo, y algo más desagradable. Según nos explicó la mujer, tenía su origen en las protestas y reclamaciones de un padre —el señor Martorell—, que había perdido a su hija por la maldita gripe. El hombre, como muchos otros, acusaba al doctor de falta de diligencia en su trabajo. La enfermera le había visto allí más de una vez, tanto durante la enfermedad de su hija como después de su muerte. Sin embargo, quien había escuchado la mayor de las discusiones había sido, precisamente, el señor Romualdo. Nos dijo que hablásemos con él, que nos contaría mejor los detalles. En cualquier caso, le quitó importancia a este asunto, pues el doctor siempre respondía a las quejas con educación y las protestas del señor Martorell no eran, ni mucho menos, las únicas. Al fin y al cabo, ¿a quién se podía culpar de tanta muerte?

—¿Saben lo más curioso de todo? —concluyó la enfermera—. Que el señor Martorell trabajaba en la fábrica de Von Ve-reiter padre.

El comisario y yo volvimos a mirarnos con complicidad. Los años de oficio juntos nos habían enseñado a desconfiar de las casualidades tanto como de los apriorismos, así que tomé nota de todo ello.

—Una última pregunta, doña Leonor —dijo Pavía mientras se ponía en pie—: ¿sabe quién asumirá ahora el cargo de director?

La joven se volvió a enfundar los guantes.

—El doctor Von Vereiter pugnó por la plaza con el doctor Centelles, el subdirector, así que supongo que será él.

4

Salimos de allí con el listado de todo el personal presente aquella noche en el pabellón de San Rafael, la que, como ya he dicho, era conocida como «sala de fiebres infecciosas». Debíamos interrogar y tomarles las huellas a todos, así que le pedí a Pavía que llamase a la delegación para reclamar la ayuda de Cárdenas. El comisario creía que era de suma importancia que fuésemos nosotros mismos quienes hablásemos en persona con el futuro y posible nuevo director, el doctor Centelles, que según la enfermera se encontraba reunido en el edificio de administración.

—¿Qué le parece? ¿Fue un suicidio? —pregunté a Pavía mientras salíamos del pabellón.

El comisario me miró de reojo para después volver la vista al frente.

—¿Eso cree usted?

—Ni de broma. Uno no se pone una máscara antes de suicidarse.

—A menos de que ello tenga algún tipo de simbolismo para alguien.

—Puede ser, pero ¿qué me dice del veronal? Si hubiese querido matarse ingiriéndolo, ¿no se hubiese preocupado de hacer desaparecer el frasco antes de quedarse dormido?

Pavía frunció el ceño al mismo tiempo que apretaba el paso hacia la gran puerta acristalada.

—Eso es ciertamente extraño, estoy con usted. —Ambos nos miramos—. Pero quizás no se lo tomó en su propio despacho.

Levanté las cejas. Me molestaba cuando intentaba volver verosímil lo que era claramente inverosímil.

—¿Y bien? —insistí.

—Que yo tampoco creo que sea un suicidio, Hernández, y ya sabe que, de todas formas, deberíamos obrar como si se tratase de un homicidio, por lo menos hasta que sepamos lo que dice la autopsia.

Tenía razón: en aquellos años había una tendencia entre los asesinos de tratar de hacer pasar su crimen por una muerte voluntaria. Hasta tal punto que ya estábamos acostumbrados. Sin ir más lejos, en apenas un par de semanas estaba previsto que se iniciase el juicio contra el señor Salvador Gispert, el encargado de un café Tupinamba de la ronda de San Antonio donde, a finales de agosto, se había encontrado el cadáver del propietario de una cervecería cercana. El cuerpo tenía un revólver en la mano izquierda, pero presentaba dos disparos, uno de ellos en la espalda. La simulación del suicidio había sido penosa, pues la víctima era diestra, era imposible que se pegara dos disparos mortales de necesidad y menos cuando uno de ellos le había dado en la espalda. Además, los compañeros del cuerpo de vigilancia del distrito quinto descubrieron que el encargado del Tupinamba andaba reclamando una deuda al muerto. El hombre no solamente había dispuesto de la oportunidad para matar al propietario de la cervecería por encontrarse en el mismo lugar, sino que además tenía un móvil económico. El juicio no se presentaba muy halagüeño para él.

Volvimos a entrar en el pabellón de administración, el edificio más grande de todas aquellas modernidades de estructura enroscada y por donde se accedía al complejo hospitalario. En su interior volvió el bullicio del ir y venir urgente de sanitarios y pacientes. Los techos altos y las formas abovedadas contribuían a enaltecer el eco de los pasos.

—¿Y la enfermera? —pregunté.

El comisario siguió caminando hacia el amable bedel.

—La enfermera, ¿qué?

Acelaré mis pasos para ponerme a su lado.

—No negará que si se trata de un homicidio debe de ser por envenenamiento y ese es un estilo muy femenino de asesinato.

—El bedel aguardaba tras su mostrador de madera—. Además, ella tuvo la oportunidad de hacerlo, estaba en su despacho.

Pavía se detuvo y se giró hacia mí.

—Enrique, ¿cuántos años lleva ya en el cuerpo?, ¿ocho?, ¿diez? —preguntó en voz queda.

—Nueve, señor.

—¿Y después de nueve años sigue siendo igual de impaciente que durante el crimen de la calle Flassaders?

—Eso parece —zanjé molesto.

El de la calle Flassaders había sido nuestro primer caso juntos, aunque para entonces yo todavía formaba parte del cuerpo de serenos.

—Se lo he dicho cientos de veces: me trae sin cuidado quién haya podido hacerlo. Quizás un día la técnica avance tanto que podamos encontrar a un asesino así, pero hoy esto es imposible, amigo mío, ni siquiera con la dactiloscopia. Si no sabemos el motivo estamos ciegos, no tenemos por dónde empezar, así que recuerde, ha de haber un motivo más allá de una...

—Oportunidad —completé—. Tiene razón, comisario, no puedo evitarlo.

—Debemos tirar de cada detalle —siguió él—, de cada sospecha, hasta recomponer la vida de la víctima. Solamente así podremos acercarnos al asesino. Sin móvil no hay sospechoso.

—Ya basta, comisario, ya basta. Sé la teoría, pero aún soy joven, quizás con cincuenta años me haya vuelto más pasivo.

—Cuidado con lo que dice, Enrique.

—No se ofenda —dije cruzando los brazos—. ¿Sabe?, la única diferencia entre usted y yo es que yo digo lo que pienso y usted piensa y no dice nada.

El comisario resopló.

—Mire, si de verdad piensa, haga lo que le dé la gana, no soy su padre.

—Exacto. Ahora volvamos al caso: ¿quién tenía razones para matar a Von Vereiter?

Pavía cerró los ojos aliviado y arrugó la cara.

—Ahora mismo hablaremos con uno de ellos —respondió.

El comisario se identificó como miembro de la Policía Gubernativa. Lo hizo con su seguridad y su voz, porque hasta 1920 no tuvimos ninguna placa. El bedel nos permitió el acceso a la

sala de comunicaciones del hospital y posteriormente fue a avisar al doctor Centelles.

Desde aquel minúsculo cuarto llamamos al inspector Cárdenas para solicitar su apoyo. Le pedimos que viniese a entrevistar a cuatro enfermeras, tres practicantes y dos médicos. Era todo el personal que constaba en el listado y que había estado en el turno de noche. Nosotros nos reservamos a aquellos que, en aquel momento, considerábamos de mayor interés: el futuro director, por razones obvias, y el practicante que escuchó la discusión con el padre de una víctima de la gripe. Faltaría después empezar a hablar con la gente de su esfera privada, el entorno más cercano al doctor, todos aquellos ajenos a su vida profesional: esposa, familiares, amigos, socios... Con un poco de suerte tendríamos suficiente información para reconstruir su vida.

—En media hora estará aquí —dijo Pavía mirando su reloj de bolsillo—. Vamos, este amable caballero nos acompañará a hablar con el doctor Centelles —urgió señalando al bedel.

Puse los ojos en blanco y caminé tras ellos. El comisario amignoró el paso hasta quedarse a mi lado.

—Por cierto, le he solicitado también a Cárdenas que se encargue de tomar todas las huellas dactilares, tanto a los que hicieron el turno como a los que no. Todas. Nunca se sabe.

Asentí.

—También le he pedido que cite al señor Friederich von Ve-reiter esta misma tarde en la delegación.

Sonreí pensando en la advertencia del señor Burgos Mestre.

Subimos unas estrechas escaleras de madera que crujían con cada una de nuestras pisadas. Era tal la angostura del paso que acabamos por pegar nuestros culos a las paredes al tropezarnos a mitad de camino con un joven sanitario con anteojos dorados que bajaba por ellas. Al llegar arriba nos encontramos que había solo cuatro puertas. El bedel se detuvo frente a una de la que colgaba un letrero en el que se podía leer: SALA AUXILIAR N.º 3.

—Aquí es.

Entramos a la habitación. Era pequeña y olía a alcohol etílico. En el centro había una mesa redonda de madera tras la que reposaba sentado un hombre de unos cuarenta años que vestía bata blanca. Todavía llevaba los guantes puestos y sostenía en la izquierda una mascarilla de tela.

—El doctor Centelles, supongo.

—El mismo —respondió el hombre amagando con darnos la otra mano—. Disculpen, es la costumbre.

—No se preocupe —respondió Pavía mientras nos sentábamos frente a él— ¿Este suele ser su lugar de trabajo? —preguntó señalando la diminuta sala empapelada de verde menta.

—No, señores, esta es una de nuestras salas de reuniones. El bedel vino a avisarme de su visita mientras hablaba con el director y decidí esperarles aquí. Supuse que querrían hablar de —miró hacia abajo—, ya saben...

—¿El director? —pregunté en un acto reflejo.

El médico abrió los ojos como un lémur.

—El director-gerente del Hospital de la Santa Cruz, me refiero

Sus mejillas se ruborizaron mientras yo pronunciaba la frase.

—¿Buenas noticias? —insinuó el comisario.

Me fijé bien en las reacciones de todos los músculos del señor Centelles. Sus labios titubearon y su cuello estaba contraído. A juzgar por su apariencia, no lo estaba pasando nada bien.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir con eso? Acaba de morir el doctor Von Vereiter. Y, si se refiere a mi ascenso, no es para nada ninguna buena noticia. Como supondrán, me hubiese alegrado mucho de no haber sucedido en estas circunstancias, pero alguien debe sacar esto adelante.

Unos golpes en la puerta interrumpieron nuestra conversación. Volvía a ser el bedel, que nos informaba de que la esposa de la víctima acababa de llegar y preguntaba con insistencia por nosotros. La había hecho pasar a la sala de reuniones contigua, la número dos. Seguro que la pasión que aquel infeliz ponía a su trabajo no era la misma cuando trataba con una dama.

El comisario me dejó a solas con el sospechoso mientras salía a tranquilizar a la esposa y a pedirle que aguardase unos instantes a que acabásemos. Seguramente aprovecharía la ocasión para darle el pésame. Pavía era un galán que rara vez perdía los papeles. Con frecuencia se mostraba educado incluso con los seres más despreciables.

—Lo está pasando mal, ¿eh? —pregunté al médico.

El hombre torció la expresión de la cara.

—¿Cómo dice?

No respondí, me limité a mirarle los ojos enrojecidos hasta que los relacioné con el tufo a alcohol de la sala. Él no pudo resistir aquel incómodo silencio.

—Sí, esto no es plato de buen gusto para nadie, supongo.

Sonreí.

—Y supongo que todavía menos si sus ingresos aumentan por ello, ¿no?

El doctor Centelles respiró hondo, se rascó con el guante la barba mal afeitada y se acodó en la mesa.

—Verá. Sé que puedo parecer sospechoso, pero le prometo que no he hecho nada.

Me quedé un rato sonriendo. Sabía que él mismo llegaría a la conclusión de que cualquier culpable diría lo mismo. Entonces miré fijamente sus cabellos castaños.

No suele fallar.

—¿Qué... qué está mirando? —preguntó tocándose el pelo.

Se ponen nerviosos.

—Miro su bonito cabello. Lo lleva largo —respondí sin perder la sonrisa.

Si son culpables se angustian y si no lo son también. La diferencia es que, en el caso de los homicidas, las situaciones de estrés, a la larga, les llevan a cometer errores.